

CIUDADES PARA UN FUTURO MÁS SOSTENIBLE (CF+3)

CARLOS VERDAGUER VIANA-CARDEGAS

ARQUITECTO COMITÉ BIBLIOTECA

Antes que nada, para empezar, algunas obviedades, pero que me parecen necesarias para enmarcar la intervención. Primero vamos a hablar de la desaparición de la idea de ciudad y de su sustitución por lo que François Choay ha venido en llamar “*fenómeno urbano*”.

Conviene recordar que la ciudad en la historia ha sido siempre -hasta hace muy poco, hasta la aparición del urbanismo como disciplina- una creación anónima y colectiva, en la que, sin ánimo de mitificar las formas de hacer del pasado, lo cierto es que, de forma intrínseca y por su propia lógica, incluso económica, el resultado se adecuaba en general a la topografía y a las condiciones climáticas locales. Esto podría, de alguna forma, caracterizar la construcción de la ciudad en la historia: la autosuficiencia y el equilibrio con el entorno.

Cuando aparece la idea de planeamiento, aunque no se puede situar en un momento histórico claro, lo cierto es que va unida a la idea del orden geométrico. Un elemento primario del planeamiento es la imposición de la geometría y la desatención al clima. Esta imagen de una ciudad colonial española es especialmente significativa de esa especie de dicotomía entre la ciudad creada desde el tablero de dibujo y la ciudad como un producto acrisolado del tiempo. La Revolución Industrial acelera este proceso de desarrollo de la ciudad -aquí tenemos una imagen del Manhattan primitivo- y aparece ese concepto que se llama “*metrópolis*”, esa gran ciudad extendida, un concepto propio de finales del XIX y principios del XX.

En este momento, sin embargo, ya hemos superado incluso ese proceso y nos encontramos en un planeta fundamentalmente urbano. No insisto en las cifras, que por sí solas dicen mucho del incremento de la población en general y del incremento de la población urbana en particular. En el año 2004 había 400 ciudades de más de 1.000.000 de habitantes, en los países industrializados la población urbana ya es el 75%, y se espera que en el 2010 la población urbana mundial sea el 60 %; esto implica que en este momento, ya, podemos hablar, no de ciudad, sino de fenómeno urbano. La ciudad como artefacto acotado en el espacio y en el tiempo ha pasado a la historia.

Así pues, la ciudad, evidentemente, ya no puede ser una creación espontánea. Cuando lo es, el resultado es esta imagen, un extenso conjunto de infraviviendas. Naturalmente, a todo se le puede buscar otras facetas y se puede decir que en estos barrios de chabolas, a su vez, existen órdenes internos; la teoría de los sistemas emergentes nos dice que esto no es exactamente el caos, pero lo cierto es que no es una alternativa a nivel de urbanismo global. Esta extensión de torres residenciales en altura sin orden ni concierto de la siguiente imagen también es una creación espontánea, la otra cara de la moneda, y tampoco puede ser una alternativa. Y muchas veces convive lo peor de los dos mundos, como se puede ver en esta tercera imagen donde el chabolismo horizontal termina donde se inicia el vertical.

Lo cierto es que, desde el momento en que esa forma de construir la ciudad como algo colectivo desaparece, se hace necesario pensar y planificar la ciudad. La ciudad planificada, en el fondo, es un sueño; hay que tener cuidado, sin embargo, con las ciudades que se sueñan - esta imagen del Plan Voisin de Le Corbusier, es paradigmática de los sueños urbanos del siglo XX- porque los sueños se pueden hacer realidad. Aquí tenemos una imagen de Móstoles en 1961 y una imagen de Móstoles en 1982; esta segunda imagen amorfa y abigarrada de bloques abiertos en altura, evidentemente, es producto del sueño del Movimiento Moderno, es producto del Plan Voisin, es un producto de esos sueños visionarios. Esta palabra, “*visionario*”, me da siempre mucho miedo, porque, en el ámbito de la arquitectura se suele utilizar como un término positivo y a mí, en general, me parece lleno de connotaciones negativas.

Dicho esto, que sirve un poco como marco para entender por qué es necesario el urbanismo sostenible, vamos a hablar, de forma también muy sintética, de cuáles son las perspectivas de esta nueva forma de enfocar el urbanismo desde la óptica de la sostenibilidad. Las pinceladas que voy a dar son un intento de decantación de todas las teorías que, en este momento, giran en torno al urbanismo sostenible; digamos que intento buscar un cierto denominador común de aquellos aspectos en los que podrían llegar a ponerse de acuerdo las muchas corrientes que se reclaman del urbanismo sostenible. Interesa, sin embargo, aclarar los

términos del debate para identificar aquellas cosas en que, evidentemente, no se está de acuerdo, aunque se pretenda estarlo.

Entre las constataciones que surgen de la nueva conciencia ambiental de cara al siglo XXI, está la de que el medio ambiente es un tema transversal y que requiere un enfoque multidisciplinar. Por otra parte, el deterioro ambiental es un problema fundamentalmente urbano -esto se constató en la famosa Cumbre de Río, y la Agenda 21, de alguna forma, institucionalizaba esta idea-, y la de que el deterioro ambiental es transfronterizo. En todas estas cosas, que pertenecen al ámbito del diagnóstico, podemos ponernos de acuerdo.

A partir de este marco general, podrían enunciarse algunos principios básicos de sostenibilidad urbana

- Hay uno del que se ha hablado repetidamente a lo largo de estas jornadas: el de la relación entre deterioro ambiental y conflicto social. El respeto al medio ambiente es inseparable del bienestar humano; la espiral producción-consumo se traduce en deterioro ambiental y descenso de calidad de vida. Es decir, hay una íntima relación que es necesario recalcar, sobre todo de cara a quienes -como algunos de nosotros- provenimos del ecologismo. En algún momento se ha hablado de defensa de la naturaleza -a mí el concepto de "defensa de la naturaleza" siempre me ha parecido epistemológicamente poco útil, en el sentido de que la naturaleza no necesita que la defiendan nadie, se defiende ella sola y, si para ello, necesita que desaparezca la especie humana, pues lo hará; lo que necesitamos, en realidad, es defendernos a nosotros en nuestro frágil equilibrio con la naturaleza-.
- El bienestar humano es inseparable de la equidad y de la solidaridad a nivel global. Esto es algo que hay que tener cuenta a nivel técnico. No es una cuestión exclusivamente ética. Al hablar de sostenibilidad hay que tener muchas veces cuidado de no introducir elementos morales o éticos, más que cuando es necesario, para entender que muchas veces también estamos hablando de optimización y eficacia. Y esta idea -la de que el bienestar humano es inseparable de la equidad y de la solidaridad a nivel global- es una idea que debemos incorporar a nuestros planteamientos técnicos. Yo creo que la huella ecológica es un concepto revelador en este sentido, que permite salir de esa especie de espiral ético-moral o ideológica en torno a estos temas y traducirlo a términos objetivos. Es decir, hay quienes estamos gastando tres veces más planeta que otros y eso, evidentemente, al margen de cualquier planteamiento ideológico, no es sostenible desde ningún punto de vista.

Dentro de este salto muy acelerado que estoy haciendo para acercarme al final, vamos ahora a hablar de criterios generales de urbanismo sostenible:

El primero tiene relación con todo lo que hemos dicho -que la ciudad ya no puede ser, en ningún caso, una creación anónima, colectiva. El desarrollo urbano y territorial debe ser planificado. Si hubiera que resumir de forma tan sintética y telegráfica como lo estoy haciendo aquí cuáles serían esos objetivos del urbanismo sostenible, yo los reduciría a tres, que son, al menos desde mi punto de vista, los que me han resultado útiles a la hora de pensar e intervenir desde la práctica profesional concreta:

- Uno de los objetivos sería la integración en el contexto natural y artificial.
- El otro sería el ahorro de recursos energéticos y materiales.
- Y el tercero sería la calidad de vida en términos de salud, confort y bienestar social.

Vamos a extendernos un poquito sobre cada uno de ellos, teniendo en cuenta que esta articulación de los conceptos nos puede ayudar a entender por qué determinadas intervenciones, que se califican como sostenibles, si se contemplan y analizan desde esta voluntad de rigor, quizá no lo sean tanto o lo son muy parcialmente.

- Integración en el contexto natural y artificial. Podríamos decir que, para considerarse sostenible, toda intervención debe integrarse armónicamente en el medio natural, rural o urbano en el que se plantea, partiendo de lo existente y contribuyendo a su mejora, ya sea mediante la sustitución, la renovación o la conservación de los elementos del contexto. Podemos decir que, desde esta perspectiva, antes de emprender cualquier intervención arquitectónica o urbana lo primero que debería plantearse sería esta cuestión: ¿es necesario hacerla? Y, si es necesario hacerla, ¿no se puede hacer a partir de lo existente? Y si se hace a partir de lo existente, ¿lo que vamos a hacer lo va a mejorar o no lo va a mejorar? Aquí entraría, formando parte de la reflexión sobre la sostenibilidad, el debate en torno a la rehabilitación, la renovación, la regeneración urbana, etc. Y aquí viene a cuento también una de las aseveraciones que yo suelo enunciar, un poco provocadoramente, emulando a Frei Otto, que ya lo dijo hace años: muchas veces lo más sostenible es no intervenir. Es decir, que la arquitectura y el urbanismo más ecológicos no son los que tienen más paneles solares, ni los que utiliza más medios y materiales ecológicos, sino los que no se hacen si no es necesario hacerlos.

- El segundo objetivo básico es el ahorro de recursos energéticos y materiales. Sobre esto no vamos a extendernos. Lo único que sí es necesario señalar es que muchas veces se identifica la sostenibilidad urbana exclusivamente con este campo. Esto es lo habitual. Un ejemplo muy claro es al que hacía referencia esta mañana Mario Gaviria: cuan-

do se piensa exclusivamente en términos de orientación solar, el urbanismo que se genera, si no se tienen en cuenta los otros objetivos, es un urbanismo de una calidad muy baja desde el punto de vista del espacio público, contextual e identitario. ¿Por qué? Porque lo único que se está pensando es orientar los edificios al Sur, porque se está planteando el problema exclusivamente en términos monofuncionales.

- Y el último objetivo, que es el que quizá competiría más al contenido de estas jornadas, sería la calidad de vida en términos de salud, confort y bienestar social. Y los tres términos, aunque se solapan en gran parte, no son lo mismo. La salud se refiere particularmente a los aspectos médico-sanitarios en su sentido más amplio; el bienestar social, naturalmente, a los socioeconómicos; y dentro de la idea de confort entran todos aquellos aspectos de calidad de vida que no tienen que ver directamente ni con la salud ni con el bienestar social, pero sí que tienen que ver con la posibilidad real de uso y la habitabilidad de los espacios urbanos. Si analizamos desde esta perspectiva cualquiera de los espacios públicos -sobre todo los que se están realizando y muchos de los que salen en las revistas- veremos que no aguantarían el examen: el que no es confortable, puede que esté contribuyendo a agravar problemas socioeconómicos o puede, incluso, que sea fuente de problemas sanitarios o médicos.

Este marco conceptual, que, por supuesto, admite otras muchas formulaciones nos permite saber, por lo menos, en qué terreno nos movemos para no apresurarnos a aplicar el adjetivo "sostenible" a cualquiera de las intervenciones que se autodenomine como tal.

Vamos a ver cómo se traduciría todo esto a objetivos muy claros a las escalas territorial y urbana.

A la escala territorial, los objetivos básicos serían la limitación de la dispersión urbana, la redistribución territorial de los recursos, la gestión integrada de los flujos de energía y materia, la reducción de las necesidades de movilidad motorizada, el reequilibrio entre el entorno natural, rural y urbanizado, el fomento del desarrollo local y la autonomía de los núcleos urbanos, y la inserción en las redes globales.

No tenemos ahora tiempo ahora de entrar en un análisis más detallado, pero aunque sólo sea mirando los dos últimos puntos veremos que podrían parecer dicotómicos o contradictorios. Yo creo que esa es la clave de la sostenibilidad -la complejidad debemos entenderla así-: lo local no debe estar nunca reñido con lo global; y yo creo que eso pertenece a los genes del movimiento ecologista más profundo que es el que ideó la feliz fórmula de pensar global y actuar local. Es decir, muchas veces se acusa a quienes hablamos de sostenibilidad de estar en contra de procesos de globalización relacionados con las redes globales; es todo lo contrario,

lo que se busca es una optimización máxima a través del aprovechamiento de los recursos locales: lo que se puede resolver a nivel local, ¿para qué vamos a perder recursos, energía y tiempo en resolverlo a nivel global? Esto no es sino el principio de subsidiariedad en otros términos-.

Si descendemos a la escala urbana, ¿cuáles serían las condiciones básicas para una ciudad sostenible? Podríamos empezar hablando de articulación de piezas urbanas: cuando hablamos de metrópolis, la idea de los ecobarrios entra dentro de este concepto; el ecobarrio como una pieza de esa metrópolis que tiene un funcionamiento local, pero a su vez está integrada y bien articulada con el resto del tejido o, a nivel territorial, también los pequeños pueblos pueden funcionar como estas piezas urbanas que pueden articularse. La rehabilitación o reutilización del patrimonio construido antes que la ocupación de nuevo suelo, la compacidad, la mezcla de usos, la cohesión social y la participación, la habitabilidad, la concepción del espacio público como escenario privilegiado de la vida ciudadana.

Este último es un elemento fundamental, no es posible concebir un urbanismo, o una arquitectura, en la que el espacio público sea meramente residual, el vacío que queda entre los edificios; el sistema de producción del espacio que impera en este momento, basado en gran parte en la arquitectura icónica y mediática, suele generar este tipo de espacios públicos residuales de muy baja calidad.

La inserción de la naturaleza en la ciudad, el predominio del transporte público y peatonal sobre el vehículo privado, el uso de las energías renovables, la gestión de la demanda -no sólo de agua, sino de todos los recursos-; la idea de gestión de la demanda es un concepto novedoso que se está ya aplicando en sitios como California, donde se comprueba que se consigue la optimización de los recursos, incluso desde el punto de vista de la economía de mercado, cuando se gestiona la demanda en lugar de la oferta. Y, por supuesto, las famosas "tres erres" aplicadas al ámbito urbano: reducir, reutilizar y reciclar.

Siguiendo con este panorama acelerado, ¿cómo sería el mapa de una ecociudad? ¿Cuáles serían sus rasgos más característicos? En la siguiente imagen aparecen formulados de manera sintética como piezas de un todo: la ciudad de la diversidad cultural y de la identidad, la ciudad que produce la energía que necesita, la ciudad del confort bioclimático, la ciudad de las distancias cortas, la ciudad con espacios públicos que facilitan la vida, la ciudad con un ciclo cerrado de agua, la ciudad con una red equilibrada de barrios fuertes, la ciudad que combina descentralización y centralidad, la ciudad en equilibrio con la naturaleza, la ciudad que consume el mínimo de suelo virgen, la ciudad razonablemente compacta, la ciudad como un organismo vivo y autosuficiente, la ciudad que se mueve sin contaminar demasiado, la ciudad construida y gestionada por sus habitantes, la

ciudad con una economía local fuerte y bien enraizada. En suma, la ecociudad es una ciudad saludable, una ciudad que genera bienestar.

¿Y cuáles serían las herramientas básicas para llevar a cabo esto? No voy a hacer un ejercicio de síntesis, soy consciente de que cada una de las aseveraciones que voy haciendo de forma así, tan contundente, pueden ser objeto de debate y, al respecto de las herramientas, podría ocurrir lo mismo-.

En primer lugar, a modo de marco general, estas nuevas herramientas para la planificación sostenible deben atender a lo local desde la comprensión del contexto global -como ya hemos dicho- y deben construirse desde un diagnóstico integral que combine lo sectorial y en el que se incluya la participación. La base para cualquier intervención en el ámbito del urbanismo, debe ser la capacidad de carga del territorio; deben responder a objetivos consensuados, deben traducirse en programas y proyectos; y deben someterse a un proceso continuo de seguimiento. No voy a extenderme mucho más. Voy a hacer el resumen de cuáles serían las herramientas, en qué se resumirían, en qué se distinguiría esa forma instrumental de abordar el urbanismo que ofrece el paradigma de la sostenibilidad:

- La primera, en la que se podrían resumir muchas de las cosas que acabo de decir -en global la idea del enfoque holístico y multidisciplinar.
- La segunda, y fundamental, se refiere a la participación y el control de los usuarios.
- Y la tercera, gira en torno a la evaluación y monitorización continua.

Todo esto no quiere decir que haya que echar en saco roto todas las herramientas convencionales de que se han dotado el urbanismo y la arquitectura, sino que se deben resituar, en aras de conseguir los objetivos planteados.

- El enfoque holístico y multidisciplinar es aquel que, busca la conexión, el solapamiento entre los tres objetivos fundamentales (integración, ahorro y calidad de vida), y es de esa hibridación de donde surge realmente la sostenibilidad urbana como resultado.
- La participación y control de los usuarios consiste en darle la vuelta al modelo habitual de intervención en la ciudad, que es un proceso de arriba a abajo en el que, de alguna forma, la construcción de la ciudad se impone a sus habitantes usuarios, y considerar el conocimiento acumulado que poseemos como ciudadanos, como usuarios, no como un obstáculo a la intervención, sino como todo lo contrario, un filón de conocimiento, y un filón para la optimización de cualquier intervención.
- Y la evaluación y la monitorización continua, que se puede producir a todas las escalas y que es también un ele-

mento fundamental. Yo suelo decir que en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo, sobre todos los arquitectos, no estamos habituados a volver al lugar del crimen. Yo he estado durante años trabajando también en una revista de arquitectura, y por mis manos han pasado las más maravillosas memorias de arquitectura y de proyecto, con unas declaraciones de intenciones fantásticas de cómo ese proyecto en concreto, el que ha hecho el que redacta la memoria, va a contribuir al bienestar de todo el mundo que tenga la suerte de vivir en él. Lo que no se suele hacer, como se haría en cualquier otro campo científico, es comprobar si eso realmente ocurre; visitar el sitio y ver si realmente es cierto y, si no, por qué, de modo que en el siguiente proyecto no se produzcan los mismos errores o, por el contrario y si es el caso, se reproduzcan los aciertos. Eso no suele ser habitual, no está incorporado a nuestra forma de pensamiento y práctica.

Todo esto implica que es necesario establecer un nuevo papel para el arquitecto y el urbanista y, en general, para cualquier técnico que tiene que ver con la intervención en la ciudad. Un nuevo papel del arquitecto, que sería el de traductor de deseos y necesidades, el de mediador y facilitador de procesos, el de catalizador de situaciones, y el conector entre sujetos e intereses diversos. Todo ello no está reñido -insisto- con las funciones tradicionales del arquitecto. Pero esto nos puede permitir también -como urbanistas y arquitectos- como profesionales, movernos en un entorno mucho más cómodo, en el que la toma de decisiones sobre cómo se utilizan los recursos energéticos y materiales de toda la colectividad no sea una pesada carga que cae sobre nuestras espaldas, sino un reto compartido.

El objetivo de un nuevo urbanismo de los ciudadanos, desde este punto de vista, sería el de pasar de este papel de técnico y maestro y demiurgo, al de técnico que es consciente de su papel de ciudadano y usuario, y que, a la hora de pensar en lo que pone en el papel, y a la hora de instrumentar técnicas para trasladar sus ideas al papel, tiene en cuenta su vivencia personal sobre lo urbano; y lo contrario, el paso del usuario pasivo al usuario activo, buscando formas de que sea consciente de que lleva -por así decirlo- un urbanista, un arquitecto dentro y de que es también capaz, si se buscan los medios adecuados, de articular ese conocimiento que tiene en forma de conocimientos útiles.

Aquí acabaría mi charla. Sólo quiero hacer un corolario de la misma, referido al sector vivienda, que creo oportuno en este momento en que, asociado a este sector, nos invade el "tsunami urbanizador" del que habla Ramón Fernández Durán. Si hubiera que hacer un resumen de recomendaciones para la sostenibilidad dentro del sector vivienda, por mucho que pueda parecer ingenuo en esta situación de urbanismo depredador, podría formularse en estos términos: construir en función de las verdaderas necesidades de vivienda, fa-

cilitar la participación ciudadana a lo largo de todo el proceso de creación de vivienda, considerar la vivienda por su valor de uso, no por su valor de cambio - o sea, no como producto financiero, como ocurre en este momento-, evitar en lo posible la urbanización de nuevos suelos, reciclar el tejido y el suelo existente, evitar las bajas densidades, evitar los barrios-dormitorios favoreciendo la mezcla de

usos, concebir al mismo tiempo y con los mismos criterios de calidad la edificación y el espacio público, construir en función de la topografía y el clima -orientar y aislar bien-, equipar la vivienda con tecnologías para el ahorro de energía y materiales, y asegurar la accesibilidad mediante formas de movilidad sostenible -proximidad peatonal, bicicleta y transporte público-.